

vas relaciones y nuevas costumbres? Sólo aumentando la libertad para pensar, para discutir, para debatir, para cometer errores, para aprender de esos errores, para explorar, y ocasionalmente descubrir, para ser aventurero y emprendedor. ¿Puede el cambio ser más que la rutina de un modelo recurrente? Si aquellos que por herencia, elección o por la fuerza obtienen el poder de gobernar no son los únicos que originan nuevas formas, se deduce que la energía del progreso se origina en la gran masa del pueblo, cuando los mejor dotados entre ellos, están libres de coacción y son estimulados por la relación recíproca, con otros individuos libres para pensar y para moverse.

Esta era la fe de los hombres que hicieron el mundo moderno. El Renacimiento, la Reforma, la Declaración de Derechos del Hombre, la Revolución Industrial, la Unificación Nacional, todas fueron concebidas y dirigidas por hombres que se consideraban emancipadores. Cada uno y todos estos movimientos tenían por objeto quebrantar la autoridad. Fue la energía que quedó suelta por esta emancipación progresiva la que inventó, forjó y puso al alcance de la humanidad todo lo que es bueno en la civilización moderna. Ningún gobierno planeó, ninguna autoridad política dirigió el progreso material de los últimos cuatro siglos o la creciente humanidad que lo ha acompañado. La estupenda liberación de las mentes y de los espíritus, y la conducta de los hombres promovieron el amplio cambio mundial de mercancías, servicios e ideas, y fue en este medio vigorizante y de confianza donde los pequeños principados se reunieron en grandes federaciones.

¿Qué razón hay, pues, para pensar que en la segunda mitad del siglo XIX el método ya ensayado del progreso humano intempestivamente se haga anticuado, y que de aquí en adelante sólo por más autoridad, y no por mayor emancipación, pueda avanzar la humanidad. El hecho evidente es que tan pronto como los adalides in-

telectuales del mundo moderno abandonaron el método de la libertad, el mundo se encaminó hacia una era de rivalidad nacional intensificada, que culminó en la Gran Guerra y una era de lucha doméstica intensificada arrasó a todas las naciones y redujo algunas a una situación de asesinatos, matanza, persecuciones y destrucción de bandas armadas, como no se han visto en el mundo occidental, por lo menos en dos siglos. Pertenece a una generación que ha perdido la ruta. Incapaz de desarrollar las grandes verdades que heredó de los emancipadores, ha vuelto a las herejías del absolutismo, de la autoridad y a la dominación de los hombres por los hombres contra las cuales el genio progresivo del mundo occidental, se convierte en una larga y creciente protesta. El espíritu del hombre ha sido desgarrado, y aquellos que, por sus más profundas simpatías parecían destinados a ser los portestandartes de la tradición civilizadora, se han vuelto unos contra los otros en una lucha fratricida.

¿Qué podría ser más trágicamente y más absurdamente confuso que esta elección? ¿Deberán los hombres renunciar a la esperanza de hacer del mundo un lugar mejor para sus hijos? ¿Deberán desconocer, por considerarlos anticuadas tonterías, los principios que sujetaban los gobiernos a la ley, los poderosos a la responsabilidad, y daban a los humildes legitimidad en sus derechos? ¿deberán olvidar la experiencia por la cual fue sujeta la violencia de las facciones civiles? ¿Deberán olvidar los sufrimientos de sus antepasados que murieron para que la tiranía terminara y los hombres fueran libres?

¿Es la elección de Satanás que ofrece vender a los hombres los reinos de este mundo, o sus almas inmortales? Y como siempre que se ha hecho esta oferta se descubrirá, después de mucho trabajo, que en esas condiciones ni aún los reinos del mundo pueden comprarse.

PAJARITA ENLUTADA

P o r A L F R E D O M A I L L E F E R T

1

HA muerto don Miguel de Unamuno. Sabio Poeta. Loco. Ya no se le verá como tantos años, por las mañanas a las 10 —el sol en una acera— y por las tardes a las 5 —el sol en la otra—,

pasar todos los días por su mismo camino, por las mismas calles, hacia la ilustre Universidad, donde tan bien se destacaba su figura —angulosa, recia— en los artísticos claustros, con el fondo áureo de los siglos.

2

Cuando entró un libro de don Miguel de Unamuno, ¡hace ya muchos años!, en aquel cuarto quieto y claro donde leíamos a los escritores —modernistas— de la época, sentimos que entra un hombre... todo un hombre!... No iban en su libro —materialmente tosco, malhecho— las frases buriladas, cinceladas, que parecían dejarnos en las manos el polvillo de oro del taller. Iban su voz, sus gestos, sus palabras. Se le veía de carne y hueso. Y sentimos, leyendo aquel libro, que de rondón nos entrábamos con Unamuno en su España castiza; en su ciudad de Salamanca, legendaria y entrañable; en su cuarto, lleno de papeles y libracos; en su casa, donde había desde hijos hasta nietos.

3

¡Qué entrañable España, la de Unamuno... ésta que no es meramente llanura polvorienta o fresca montaña entre la niebla, sino escalón, escalón para trepar, resollando fuerte, a las cosas espirituales de sus viejos libros. Y cómo se le veía subir (y despeñarse también) en las páginas doloridas en que nos contaba, jadeante, su ascensión.

4

“Tranquila lleva la pluma, como quien ara” —decía Rubén Darío, en aquella alusión al sabio Rector de Salamanca, que quizá nos había hecho comprar el primer libro de Unamuno. “Como quien ara”... sí, en efecto. Pero, tranquilidad era lo que menos descubríamos. Jadeo. Sudor. Lucha... No se puede ser tranquilo cuando se va, de sol a sol, puesta la mano en la reja —que va removiendo los terrones, clavándose en la hondura. Y, en efecto, había mucho de tosca y grata labor de arar en estas páginas. Y, sugestionados, acabamos por sentir que los renglones eran surcos, surcos interminables de las pobres tierras de Castilla, tierras áridas que no siempre dan el pan.

5

Deshumanización de las artes. No. Todo lo contrario; humanización. Escribir —como arar, como sembrar, como comer, como morir—: cosa seria, función vital. Escribir, como llorar Jorge Manrique a su padre que está muerto. Escribir, como estremecerse de angustia Kierke-

gaard. Escribir, como caer en éxtasis San Juan de la Cruz. Escribir, como *vivir* don Miguel, este don Miguel de Unamuno. ¿Deshumanización? No! Ni de las artes, ni de ninguna otra cosa humana. Y, justamente por eso, pudo decir Juan Ramón Jiménez, en reciente nota crítica: “En Miguel de Unamuno empieza nuestra preocupación metafísica “consciente” y en Rubén Darío nuestra consciente preocupación estilística, y de la fusión de esas dos grandes calidades, de esas dos grandes diferencias, salta la verdadera poesía nueva”.

6

¿Deshumanización de las artes? Qué estupidez —diría don Miguel de Unamuno.— Y diría perfectamente bien.

7

¿Quién dice que don Miguel de Unamuno no es más que un escritor seco, libresco... cuando, por el contrario, la trama de sus novelas, de su obra, está tejida siempre a base de sentimientos tan naturales y tan primitivos, en lo humano, como la tela que urde la araña en el rincón de la vieja casa?... ¡Qué vitalidad en los tipos de sus libros... sabiéndolos leer! Qué muchachas frescas, de ojos bovinos, de pómulos salientes, de largas trenzas... una rosa en la boca..., en los caseríos viejos..., con el fondo de las verdes, dulces montañas de Vasconia. Y, cuando ya se casan y tienen hijos —Rosa, Clara, Ignacia—; cuando ya tienen nietos, y se va acabando el rosario de los días... ¡qué cuadros ásperos y dulces; qué viejecitas añorantes en el aposento familiar..., mientras, a través de la puerta, con el fondo de los montes —verdes, agrios— se ve caer la llovizna, el dulce orvallo...

¿Y los hombres, los hombres de las novelas de Unamuno, desaliñados en el traje, de nervudas manos, de zapatos toscos..., cavilando siempre por las callejas, como un remedo del propio Miguel, rumiando sus pensamientos —entre los ochavos, en la tienda— bajo la boina vasca? Pensamientos cotidianos, sencillos, tremendamente cotidianos, si se quiere... sencillos, pero que, merced a súbitos aleteos, alcanzan a elevarse, a veces, a alturas estelares!...

8

¿Pero de veras, de veras ha muerto don Miguel de Unamuno?... Y yo me contesto, lector

amigo, y tú debes de contestarte también, con las frases que él decía: “¡No!... No he de morir. He de vivir siempre. Siempre. ¡Yo! ¡Yo!... Miguel!”

9

No era un místico..., pero paseando por las riberas del viejo Tormes, allá en su Salamanca, cayeron también sobre él algunas luces de la *noche serena*. No era un asceta..., pero los amaba. Estos vetustos, estos añosos libros eran los que él hojeaba con más pasión, los que él paseaba con más unción, sobre y por el mundo. No era un asceta..., pero el Cristo de Velázquez tiene en los pies, ya para siempre, ya como formando parte del cuadro, un poema de Unamuno. No era un místico..., pero quizás hayan salido

a recibirlo en las celestes praderas, ladrando jubilosamente, los lebreras de don Quijote, que también, Dios mediante, pudo morir cuerdo...

y 10

...Y, puesto que ya el río —el luengo río— ha llegado al vasto mar, cuadra... sí, *cuadra*, como el castizo Unamuno decía, terminar estas enlutadas cuartillas con aquellos versos que él pergeñara una tarde en su Salamanca, con la misma mano, grave, con que hacía sus distraídas “pajaritas”:

“Si me buscas es porque me encontraste
—mi Dios me dice—. Yo soy tu vacío;
mientras no llegue al mar no pára el río
ni hay otra muerte que a su fin le baste”.

EL MOVIMIENTO DEL POLO

P o r J O A Q U I N G A L L O

POR muchos años se creyó que las coordenadas geográficas de un lugar, latitud y longitud, eran invariables y que este sistema, por lo tanto, era el más apropiado para fijar la posición de un punto en la superficie terrestre. Así debería ser en efecto, puesto que la latitud de un lugar está definida por el ángulo que forma la vertical de ese lugar con el plano del Ecuador que, por ser normal al eje de rotación, es invariable.

La longitud como se sabe, es el ángulo que forman el meridiano de ese lugar con un plano meridiano inicial o de origen, que es el que pasa por el Círculo Meridiano del Observatorio de Greenwich, cerca de Londres, Inglaterra. El sistema de coordenadas esféricas ideado por los geómetras que vivieron antes de nuestra Era, fue perfeccionado por Hiparco, quien dió los procedimientos astronómicos que se siguen en la actualidad para determinar las coordenadas geográficas con toda la precisión que alcanzan los modernos instrumentos. Gracias a las enseñanzas de ese sabio, se sitúan los puntos limítrofes de las fronteras entre las naciones, o bien se determinan las coordenadas geográficas de las ciudades y poblados de un país, para que sirvan de base a la construcción de mapas y cartas que señalan al navegante, al explorador, la ruta que lo conduzca al punto de su destino.

La situación geográfica de un lugar se hace por lo general con una aproximación de 1", lo que equivale en nuestro país a unos 30 metros, en números redondos, y en el caso de investigaciones geodésicas o situaciones que requieran mayor exactitud, como en los puntos de las fronteras, la aproximación se lleva a mayor grado.

Tanto por estas razones como porque la precisión de los instrumentos no lo permitía, no se había notado que el valor de las coordenadas geográficas oscila ligeramente en el curso de un año porque el Polo, o mejor dicho, el eje de rotación de la Tierra cambia de lugar en límites muy estrechos ciertamente, pero sensibles cuando las observaciones se hacen con instrumentos de gran precisión.

Por los años de 1889 y 1900 los astrónomos que hacían observaciones de latitud en Berlín, Praga y Potsdam, notaron con extrañeza que simultáneamente habían variado las latitudes de sus estaciones, como si el Ecuador se hubiese desalojado en posición.

Poco después el astrónomo norteamericano S. A. Chandler daba a conocer los resultados de la variación de la latitud que había observado, y más aún, presentaba una prueba del movimiento del Polo, revisando observaciones hechas desde 1715.